



Florencio Valdés Fano Menéndez Morán (Gijón, 1836; 21 de abril de 1910), eminente emprendedor gijonés, dejó un legado de iniciativas económicas, comerciales y culturales que lo hacen merecedor del recuerdo y gratitud de sus conciudadanos, a los que esta obra pretende colaborar a través de la semblanza tanto de su figura como de una de sus iniciativas más singulares: los jardines de su finca de La Isla.

Impulsor de una línea de tranvías hasta La Guía, fundador del diario *El Comercio*, defensor apasionado de la causa apagadorista para la construcción del nuevo puerto de la ciudad, don Florencio, además de su entrega a la vorágine de los negocios, vivió la mayor parte de sus días cautivado por la naturaleza y la jardinería, y de sus viajes al extranjero trasladó a su espléndida propiedad de La Isla estilos, diseños e innovaciones. Por ella pasaron reyes, hombres de negocios y políticos del más alto nivel, pero, además, y desde sus inicios, fue una propiedad «abierta» a los gijoneses, que hoy, incorporada al patrimonio común de la ciudad e integrada en el Jardín Botánico, pueden seguir disfrutando y admirando.

Francisco Prendes Quirós (Gijón, 1939) ha compaginado su profesión de abogado con su asidua colaboración en la prensa asturiana, especializado en la historia local de los siglos XIX y XX, en particular la referida al republicanismo, ámbito al que le ha dedicado numerosos artículos, conferencias y publicaciones.



Florencio Valdés y el jardín de La Isla Francisco Prendes Quirós

DE-PA-LA-BRA



FRANCISCO PRENDES QUIRÓS

FLORENCIO VALDÉS Y EL JARDÍN DE LA ISLA



Florencio Valdés y el jardín de La Isla

Francisco Prendes Quirós



FLORENCIO VALDÉS
Y EL JARDÍN DE LA ISLA

Ayuntamiento de Gijón

Este libro reproduce la conferencia que el 25 de abril de 2010, con ocasión del centenario de la muerte de Florencio Valdés y coincidiendo con el séptimo aniversario del Jardín Botánico Atlántico de Gijón, pronunció en sus instalaciones Francisco Prendes Quirós. La actividad fue promovida por la Asociación de Amigos del Jardín Botánico, y colaboraron en ella, además del conferenciante, Jesús Oliva Pérez-Andújar, tataranieto de Florencio Valdés, que facilitó en nombre de su familia valiosa información y documentación, y Alfonso Alfaraz Esteban, que realizó el reportaje fotográfico.

Colección: Memoria de Gijón [de palabra]

Primera edición: julio del 2010

Material gráfico: cortesía de la familia Oliva Pérez-Andújar

© del texto: Francisco Prendes Quirós, 2010

© de esta edición: Ayuntamiento de Gijón, 2010

Realización editorial: Ediciones Trea, S. L.

Cubiertas: Impreso Estudio

Impresión: Gráficas Ápel

Encuadernación: Encuadernaciones Cimadevilla

Depósito legal: As. 3022-2010

ISBN: 978-84-89466-42-5

Impreso en España — *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados

Señoras, señores, descendientes y familiares de don Florencio, querida señora alcaldesa, concejala, querida Pili, presidenta de la Asociación de Amigos del Botánico:

Permítanme comenzar esta semblanza celebrando los méritos de todos cuantos a lo largo de estos cien años de ausencia de su fundador han hecho posible que este primer centenario del fallecimiento del ilustre gijonés que fue don Florencio Valdés Fano Menéndez Morán (Gijón, 1836; 21 de abril de 1910) pudiera celebrarse hoy aquí, en esta propiedad de la que él hizo su «edén»; y permítanme especial mención a dos matrimonios que supieron mantener, aún a costa de importantes sacrificios económicos, viva y unida esta hermosa propiedad, ejemplo de la potencia gijonesa de tiempos pasados. Me estoy refiriendo a doña Dolores y doña Carmen Valdés Patac, nietas de don Florencio, y a sus respectivos esposos, don Andrés Oliva Mack y don Paulino Antón Trespalacios, que hicieron posible la conservación de esta reliquia de una época que supo conjugar en la segunda mitad del siglo XIX, como era habitual en la Europa de ese tiempo, la vida ordinaria, de

trabajos y negocios en la villa, cuyas condiciones de higiene, polvo en las calles en verano, lodo en invierno y falta de agua en las casas son hoy inimaginables, con las estancias veraniegas en saludables y bien rematadas fincas de «recreo», que aquellos potentados prepararon con refinamiento para gozar en ellas de la belleza del entorno natural, realzada con bien diseñados jardines, y en las que abundaban las aguas corriendo y jugando por arroyos, estanques, lagos y cascadas. Ingenios en los que don Florencio Valdés llegó a ser verdadero experto.

Antes que esta «isla», fue admiración de todo Gijón la «quinta» de don Anselmo Cifuentes Díaz, suegro de don Florencio, emprendedor incansable, sita muy próxima a la vecina iglesia de este Cabueñes, hoy parcelada; y en la que altos y viejos árboles, aún vivos algunos, fueron testigos de una riqueza constructiva desaparecida y no igualada.

Cuando don Florencio contrae matrimonio con doña Fredesvinda Cifuentes, la mayor de las hijas de don Anselmo y doña Constancia Caveda, en el año 1868, de cuyo matrimonio nacieron tres hijos, María del Carmen, Félix y María Luisa, la

«quinta» de Cabueñes ya está en su plenitud; ya se celebraban allí comidas, de amigos y de negocios; como la del 30 de julio de ese año, en la que el principal invitado fue el ingeniero don Javier Sanz, con el que don Anselmo y otros amigos revisan los planos de la siempre soñada traída de las aguas a la villa. Comida que fue servida por la célebre *madame* Garraeu, la dueña del hotel o Fonda Francesa, como se la conocía, establecida a todo confort en la casa de tres pisos señalada con el número 22 de la calle Corrida, más o menos donde hoy está la confitería Helguera.

En julio de 1877, durante su larga visita a las provincias del norte, Alfonso XII la utilizó para disfrutar en ella, en compañía de Cánovas y el señor Cifuentes, de una tarde de bucólico descanso.

Aunque quizá, por orden de antigüedad, la primera gran propiedad de recreo de este Cabueñes, y barrio de Cefontes, debió de haber sido la gran posesión del que fuera alcalde de la villa y diputado a Cortes por el distrito, el político conservador don Andrés de Capua y Lanza y su esposa doña Eulalia García Rivero y Toral, de una extensión de algo más de diez hectáreas, en la que se levantaban numerosas construcciones. Finca que,

posiblemente, fuera el origen de la después conocida como Quinta Duro.

De las tres, la más renombrada en su tiempo, por su especial atractivo y moderno diseño, y porque en Ataúlfo Frieria Canal (el famoso *Tarfè*), periodista y poeta, tuvo fiel amante y cantor, y que es, de su tiempo, la única que aún permanece casi tal cual la conocieron sus fundadores, es esta «isla» de don Florencio, que al curioso sigue ofreciendo románticos paseos; y al naturalista, sus tesoros.

La Isla tiene asegurado su futuro, abierta de nuevo al público y a la ciencia, por la feliz alianza que logró establecer la señora alcaldesa con el heredero de la finca, Jesús Oliva Pérez Andújar, gracias al empeño que en ello puso el padre de Jesús, el inolvidable amigo Jesús Oliva Valdés, con el que compartí vecindad, juegos y estudios, creo que desde los seis a los dieciséis años... No pocas veces en la infancia jugamos en esta finca; y no pocas veces, antes de su prematura muerte, hablamos de esta «salvación conservadora» de la propiedad familiar, que hoy todos celebramos.

Pero no fue sola ésta, que ya hubiera sido suficiente, la ofrenda de don Florencio al engrandecimiento, progreso y adorno de Gijón; su afán de

trabajo y su visión de futuro hicieron posible que fijara sus intereses en actividades relacionadas con el desarrollo material y moral de la villa en tres áreas fundamentales: el tráfico marítimo, la nueva industria del ocio y la comunicación, en dos facetas bien distintas: la ofrecida por medio de la prensa escrita, portadora de información y cultura, y la del desplazamiento, gracias a la implantación del tranvía de tracción animal con el que se ofreció al vecindario comodidad para sus desplazamientos y, a la villa, la posibilidad de extender su área habitable.



En 1870, al mismo tiempo que don Florencio se ocupa en escriturar y registrar las permutas de terrenos de su propiedad previamente convenidas con don Blas Costales y Salas, vecino de Pravia, de ascendencia gijonesa, por las dos caserías sin nombre del barrio de Cefontes, identificadas por ser las que llevaban en arriendo Francisco Cifuentes y Valentín Suárez Solar, compuestas de casas, señaladas con los números 12 y 13 de la parroquia, panera sobre seis pies de piedra de grano,

molino, prados, pumaradas, *carbayera* llamada del Tragamón, que ya contaba con 217 robles sobre su superficie de 7.548 metros cuadrados, y las heredas llamadas La Veguina, La Campa y El Argamón, lindantes con caminos, arroyo de Barredo, río y canal del molino, que pasaron a convertirse en la que hoy es esta Isla, procede don Florencio con la sociedad Cifuentes, Valdés y Cía. a iniciar la construcción del muelle de madera, llamado Victoria, espigón que separa la dársena local del antepuerto y que se conocerá popularmente como *el Muellín*, al que atracaron miles de barcos y sobre el que después se alzaron la aduana, la rula, la fábrica de hielo...

A 1873, a pesar de los avatares de la Primera República, corresponde la iniciativa dedicada a la industria de recreo, que partió del empuje de tres gijoneses, el mayor de los cuales era don Florencio, que contaba entonces 38 años.

Provenían los tres de, como se decía antaño, «familias de arraigo» en Gijón; dos de las cuales, la de nuestro don Florencio, con casa solar, la de los Sánchez Fano, en Baldornón, barrio de Quintana, aún en pie, y la de don Ángel García Rendueles y González Llanos, de 25 años, ya aparecen cita-

das en los *Diarios* de Jovellanos, protagonizando sucesos de la vida local; con ellos, don Antonino Rodríguez San Pedro, de 30 años, y que moriría también en 1910 poco antes de don Florencio, el 15 de enero, en Oviedo, adonde se había retirado después de liquidar su farmacia y demás negocios de Gijón; que venía de familia de boticarios y abogados, oriundos de Grado, establecida de antiguo, en la calle de San Antonio.

Los tres solicitan al Ayuntamiento la cesión de unos terrenos, casi tres hectáreas que reciben en 1874 por 99 años, sitos a la salida de Gijón, junto a la carretera de Villaviciosa, bajo El Coto, en el sitio conocido por La Florida, nombre con el que bautizan la sociedad que forman para instalar en ellos un parque de atracciones de los conocidos por toda Europa como Campos Elíseos, que habría de contar, según el primer proyecto, con parque ajardinado, teatro circo, salón para bailes, kiosco de música, café restaurante, casa de baños y hasta plaza de toros. Quedando en la práctica reducido el ambicioso proyecto al edificio destinado a circo teatro, de 2.368 metros cuadrados, con capacidad para unas 3.500 personas, y parque con amplios jardines, que ocupan buena parte de los

29.071 metros cuadrados, que eran los que llevaba en usufructo la Sociedad La Florida.

Muy pronto, en 1878, se arruinó «el proyecto» de los Campos, y los tres socios fueron demandados judicialmente por una muy activa anciana, doña María de los Desposorios Cifuentes y Solís, viuda de Sanz Crespo, tía abuela de la esposa de don Florencio, que moría aquel mismo año, cumplidos los 81. Embargada, y sacada a subasta la concesión, la remató don Victoriano García de la Cruz —concejal desde el año de 1877, cuando en el Teatro de los Campos Elíseos el Ayuntamiento de Gijón ofreció la protocolaria función regia a Alfonso XII y su alteza real la infanta Isabel—, en la nada despreciable suma de 157.000 pesetas, ¡toda una fortuna!; pero no sigamos por el duro camino de las crisis, las subastas y las quiebras, que al fin y al cabo el teatro circo y los jardines se salvaron; y durante muchos años, en invierno el teatro, y en verano el teatro y el jardín, llenaron los ocios de generaciones gijonesas.

Por el escenario del amplio Teatro Circo Obdulia, como se llamó en obsequio del arquitecto, que renunció a cobrar su proyecto, pasaron las mejores compañías de teatro, zarzuela, ópera; los mejores

circos; y en él lucieron su oratoria ante miles de gijoneses los más grandes oradores, Pi, Sagasta, Azcárate, Labra, Pablo Iglesias, Melquíades Álvarez..., en veladas multitudinarias y memorables. Momento estelar de todo el recinto, después de la regia función de 1877, sin duda que fueron los días de la gran Exposición Regional de 1899.

De los populares Campos Elíseos sólo quedan recuerdos..., fotografías, y los dos caballitos, reproducciones reducidas de los que don Luis XIV mandó colocar a la entrada del parque de su palacio de Marly, y que también reproducidos, pero a su escala, vigilan hoy el tráfico de la gran plaza de la Concorde de París; mientras que los gijoneses supervisan las apuestas de nuestros concursos hípicas a la puerta de Las Mestas.

Los espléndidos jardines con que contaron los Campos obra fueron también de don Florencio. Éstos de los Campos, al contrario que los de La Isla, fueron jardines y parque concebidos para el disfrute, solaz y esparcimiento del pueblo llano..., y hasta tuvieron carrito con burro para pasear a la infancia.



A 1877, concretamente al día 23 de noviembre, corresponde otra iniciativa de los mismos tres emprendedores gijoneses, que luego la vida separaría —y a dos, don Florencio y don Ángel, enfrentaría radicalmente a don Antonino por las cuestiones del puerto—, como fue el solicitar del Ayuntamiento la concesión de un tranvía movido por fuerza animal que acercaría la villa a la inmediación de la ermita de la vecina aldea de La Guía, feligresía de San Julián de Somió.

Diez años después, enero de 1887, es don Florencio, ahora en solitario, quien presenta en el Ministerio de Fomento la petición para construir la línea de tranvías con tracción de sangre de Gijón a La Guía.

Línea que después de mil trabajos y dificultades, consecuencia de la pugna entre muselistas y apagadoristas, se inauguró el Domingo de Ramos, 30 de marzo, de 1890, con la más que notable «utilidad» de 155 pesetas, lo que supuso mover más de mil personas, pues el viaje costaba tres *perrines*.

Fue aquél de la inauguración un día sin incidentes; feliz para la villa, y positivo para el Hospital de Caridad, a cuyas arcas entregó la compañía del

tranvía la totalidad de la recaudación de su primer día de explotación.

Y no fue el día menos feliz y positivo para los vecinos y comerciantes de La Guía, a tenor de lo que informaba, pocos días después de la inauguración, el semanario *El Florete*, órgano de la juventud apagadorista:

Los dueños de las tiendas allí establecidas se van a hacer de oro de continuar la cosa como hasta ahora. Los fabricantes de conservas alimentarias están de enhorabuena.

Los toneles [de sidra] desalojan todas las tardes gran parte del líquido guardado en sus panzudos vientres [...], mientras que los chorizos se dejan tranquilamente freír, ora en hirvientes sartenadas, ora emparedados entre sabrosas capas de amarillentas tortillas.

El 8 de agosto de 1891, dos días después de la gran jornada de la inauguración de la tan esperada estatua de Jovino, el tranvía llegó al Villamanín de Somió, feligresía de duques y aldeanos.

El 11 de noviembre de ese mismo año da cuenta *El Florete* del domingo 29: «Ha sido firmado por el señor ministro de Fomento, después de ser

aprobado en pleno y por unanimidad por la Junta Consultiva el proyecto de Tranvía al Natahoyo, presentado por nuestro amigo Florencio Valdés».



Y tenemos que volver al año de 1878, que nos reserva otra importantísima iniciativa para Gijón, la de la del nacimiento y salida a la calle, lunes 2 de septiembre, del primer número del diario *El Comercio*, que veía la luz en la antigua imprenta del señor Sierra —eterna blusa de sarga azul; bigote y perilla; con sus pinzas de tipógrafo, siempre en ristre—, gracias al impulso personal y capital de cuatro gijoneses que en él escribieron páginas imperecederas en la historia grande y pequeña de nuestra villa: don Óscar de Olavarría, de 40 años, ya opulento naviero, concejal, y alcalde por R. O., en momentos muy difíciles para Gijón, de filiación republicana; don Calixto Alvargonzález, joven, 27 años, no menos inquieto escritor que hombre de negocios, también republicano centralista; nuestro don Florencio, de 43, que sin ser ajeno a la fe republicana no figura en ninguna de sus listas, y que, casi a la fuerza, fue, por decisión del señor gober-

nador civil el 8 de enero de 1874, designado concejal en un consistorio «impuesto» tras el golpe del general Pavía, que puso fin al periodo democrático de la Primera República, y en el que su presencia, asignado a dos comisiones antagónicas, «Cárcel y presos» y «Festejos y teatro», se limitó a dos sesiones extraordinarias, cuando los carlistas amenazaban Villaviciosa y cuando se dispuso la defensa de la villa frente al peligro; y su suegro, don Anselmo Cifuentes, de 65 años, también concejal, y teniente de alcalde, en numerosas ocasiones, que impulsó en todos los campos, principalmente en el industrial y el naviero, el desarrollo y progreso de esta villa.

El Comercio de Gijón, diario «consagrado con preferencia a los intereses morales y materiales», o sea económicos, «comercio, industria y agricultura», tuvo en su origen marcada tendencia liberal, al menos hasta 1910, en que falleció don Florencio, su dueño —después pasaría a manos del señor conde de Revillagigedo... y después a otras manos—, como que nacía de la mano espiritual del eminente repúblico y sabio profesor, al que Gijón, señora alcaldesa, tanta y tan urgente reparación debe, don Gumersindo de Azcárate y Me-

néndez Morán, primo hermano de don Florencio, que para el nuevo diario escribió el credo, o sea, su declaración de principios, que apareció en el primer número de la nueva publicación, abriendo el periódico.

No nacía *El Comercio*, aseguraba don Gumer-sindo y firmaba la redacción, para ser portavoz de un partido político, pero sí van a ser objeto de tratamiento en sus páginas todas aquellas cuestiones que sean el resultado de la acción política del partido en el poder, «porque es evidente que no hemos de permanecer callados cuando se trate de disposiciones que atañan a los intereses morales y materiales de Gijón».

Efectivamente, desde las páginas de *El Comercio* don Florencio y don Calixto, con don Celestino Margolles y don Gerardo Uría, como colaboradores desde la primera hora, y otros muchos, no callaron; al contrario, dieron fogosas batallas contra la ignorancia, el jesuitismo y el oscurantismo conservador; y mantuvieron valientes duelos y encendidas polémicas, en las que intervino muy destacadamente el liberal don Anselmo Cienfuegos y García Sala, también yerno de don Anselmo Cifuentes, incansable con la pluma e incansable con la palabra

desde su escaño en el consistorio —hasta el punto de que todo Gijón le conocía como don Anselmo *Fala Fala*—, siempre en defensa del puerto de Gijón y contra El Musel y sus partidarios.

¡El puerto de Gijón! —escribió don Florencio— es la idea que apasiona nuestro corazón y domina nuestra voluntad, es la idea y el sentimiento de todo gijonés, porque si todas las grandezas, si todas las prosperidades de este pueblo son debidas al débil muro que abriga las embarcaciones que entran a nuestro puerto, cuáles no serían los esplendores, las opulencias, las riquezas, en fin, que traería a esta villa la construcción de otro muro en condiciones de recibir a las grandes naves que hoy pasan de largo, llevando a otros pueblos gérmenes inmensos de prosperidad y bienestar.

Defendió apasionadamente *El Comercio* el puerto apagador, o sea, la obra del dique que, saliendo de Santa Catalina, ampliaría considerablemente la zona de atraques del puerto local y su calado, con la ventaja de que la obra podría realizarse en pocos años, dando valor a las edificaciones y a los solares por construir, que aún abundaban en el centro de la villa.

Vencido el proyecto apagador por el «sueño» de El Musel, defendió *El Comercio* con la burguesía apagadorista, compuesta por los principales comerciantes, industriales y navieros, hasta lograrlas, las «mejoras y reformas» del muelle local, contra los que, por construir El Musel —también comerciantes, navieros, industriales y buena parte de los rentistas americanos—, no reparaban en abandonar a su suerte las dársenas locales, en las que sólo se podrían emprender, según el proyecto ministerial, que finalmente fue derrotado, gracias, entre otros, a la unión de don Gumersindo y el conservador don Plácido de Jove y Hevia, vizconde de Campo Grande, obras de puro mantenimiento hasta que el gran puerto fuera construido. Olvidando que en aquellos momentos todo lo que Gijón era, como escribía don Florencio, lo debía al paredón de Liquerique.



Gijoneses del puerto de El Musel y gijoneses del puerto apagador. Una pugna de casi treinta años...

Cada bando contó con sus capitanes, uno de ellos en el bando apagador, don Florencio, desde

su puesto de mando en el «cuartín» de la planta baja de *El Comercio*, en la calle Corrida, que afirmaba en su periódico: «La lucha ha sido la vida de los pueblos, que como este en que nacimos pueden aspirar a un porvenir de riquezas y prosperidad»; en el bando muselista, don Antonino, cuando concejal, y sobre todo, don Antonino cuando alcalde, al que acusaban de estar al servicio de su hermano don Faustino, o sea, al servicio del muelle de la Sociedad del Fomento de Gijón y del proyecto de El Musel, por la seguridad que los hermanos tenían en que iba para muy largo lo de su construcción..., como los muselistas acusaban a los amigos de don Florencio de estar al servicio de los intereses del «muellín», a lo que don Florencio respondió con la letra para un giraldilla:

¡Ay! Muelle de
mis sueños,
muelle hermoso
y encantador,
con lo que has dado
a tus dueños
va a hacerse el «Apagador».

«No habrá paz en Gijón mientras no desaparezcan las concesiones de muelles privados», dijo don Gumersindo en la memorable sesión parlamentaria en que se levantó la prohibición de realizar reformas y mejoras en las viejas dársenas locales.

Cada bando contó con su casino, sus clubes, sus periódicos, comercios y cafés; sus industrias... y hasta con sus calderetas...

Una, la apagadorista, la inventada por el honrado comerciante don Anacleto Alvargonzález, «siempre obsequioso y desprendido», padre de don Calixto, que en grandes solemnidades preparó en esta Isla calderetas de pescado, alguna para más de cien comensales...

Y la otra, la caldereta muselista de don Rafael Tuñón —González Tuñón—, al que los de su tiempo llamaban *el marqués de la Rosa*, y también *el hombre de la barca*, en la que a proa, de perfil, algo encorvado, le pintara en un cuadrito Martínez Abades —en su juventud uno de los pintores de esta Isla—, mostrando un pez, una *fañeca* o una *xarda*, a dos damas muy elegantes, de vestidos rosados y sombrillas de seda, que se hallan en otro bote y eran nada menos que doña Isabel y doña Eulalia, dos de las princesitas de «la Playa».

Las calderetas del marqués de la Rosa, de don Rafael, las preparó el señor Tuñón junto a la mar, en cualquier pedrero, pero principalmente en las proximidades de la ensenada de El Musel, su pescadero favorito. Ensenada y proyecto que fueron con la inocente doña Paca, su esposa, los tres grandes amores de su vida, siempre apurada...

«Paca —le dice una mañana con toda naturalidad, los dos en la cama—, me voy a matar, me pego un tiro.» Y la esposa responde apaciblemente: «Rafael, espera a que salga la lotería, después..., si no nos toca, mátate».

Y les tocó la lotería, incluso varias veces, dejó escrito don Ernesto Winter, consuegro de doña Concepción Arenal, la dama severa que tanto paseó en solitarias meditaciones, o acompañada por don Gumersindo, estos senderos de La Isla y que en el libro de honor dejó escrito un hermoso consejo a los niños de la casa (a los que según recordaba doña María Luisa Valdés Alvargonzález, sobrina de don Florencio, se les prohibía jugar por los jardines cuando la señora paseaba sus meditaciones): «Sed siempre buenos y seréis siempre jóvenes»; y él, a su vez, plasmó con letras clásicas su admiración por la obra de su primo «Vine, vi y pasmé».

Por su suerte en la lotería, don Rafael siguió vi-
viendo varios años más... y doña Concepción, don
Gumersindo y don Florencio..., también.

Las disputas del puerto dividieron en dos mi-
tades la ciudad y cruzaron las ideas y los intereses
de unos con otros, como no lo habían podido ha-
cer ni las creencias, ni la falta de ellas, ni las pa-
siones políticas, ni las primeras convulsiones so-
ciales. Esta lucha fue asombro de extraños, pero
fue sincera. Los dos bandos luchaban de buena fe
«con todo desnudo contra los que, equivocados
o rivales, pretenden oponerse a la marcha pro-
gresiva de nuestros destinos», rezaba una de las
proclamas apagadoristas de don Calixto o don
Florencio en *El Comercio*. Lo mismo pudieran
haberlo firmado don Antonino o el señor Ca-
rreño en *El Musel*...

Hubo conservadores, como el conde de Revi-
llagigedo, que fue jefe todopoderoso de los mu-
selistas que mil veces pactó sin dificultad con los
elementos más radicales del republicanismo fe-
deral, que representaba el tan célebre como apa-
sionado doctor don Eladio Carreño, una de las
seis chisteras que paseaban Gijón; mientras que
otros republicanos, los salmeronianos, que capi-

taneaba don Vicente Innerárity, también yerno del señor Cifuentes, y también unido con estrechos lazos a don Gumersindo de Azcárate, convenían sin dificultad con los liberales dinásticos de Domínguez Gil, la defensa del puerto apagador y después, la política de mejoras y reformas del muelle.

Pero dejemos la barca en la mar, y por ahora los peces en la olla al amor de la hoguera, y volvamos a la tierra y sus ríos, para encontrarnos de nuevo con esta Isla, «el alma de un soñador»..., cantará luego el Orfeón, en feliz letra de su director.



Tarfe, el poeta enamorado de La Isla, dedicó a la propiedad de don Florencio un soneto de sonori-dades casi religiosas, que si no es una de las siete maravillas de los catorce versos, sí es fiel testimonio de la devoción que por esta propiedad sentía su joven enamorado. En 1884, año en que está fechado el soneto, contaba Ataúlfo veinte años, cuatro de ellos los había dedicado inútilmente a los estudios de filosofía madrileña en la capital del reino... Se titula el soneto

EN LA ISLA

(Lindísima posesión
a una legua de Gijón)

Con sus ondas de luz y de armonía,
sus verdes hojas, que la brisa mece,
y el sol, que allá a lo lejos palidece,
al ocultarse en el ocaso el día;
el templo de la virgen poesía
este jardín recóndito parece,
donde tranquila el alma se adormece
sumida en ideal melancolía.
si tan hermoso el paraíso fuera
que, de la vida tras el mar profundo,
al que es creyente fervoroso espera;
yo trabajaría con ardor fecundo
hasta que por gozarle consiguiera
ser el mejor católico del mundo.

Así de querida y admirada era para el «irrespetuoso» Tarfe la propiedad y la obra de don Florencio Valdés Fano y Menéndez Morán, que ahora veremos de dónde venía y quién era.

Para los de su tiempo, y para Tarfe, que le dedicó el ripio en *La Comedia Gijonesa*, fue alguien que

Según me han asegurado,
tiene un genio endemoniado
que por nada se encocora...

Don Florencio, con su genio muy vivo, seguramente había nacido en la gran casona mariñana que en su lugar natal de Quintana, parroquia de Baldorón, aún en pie, restableciéndose de recientes heridas, levantara siglos atrás don Andrés Sánchez Fano, que en la Lima del Perú labró una gran fortuna.

Fue don Florencio el quinto de los nueve hijos, seis varones y tres mujeres, que tuvo el matrimonio compuesto por don José María Valdés Hevia Sánchez Fano, capitán retirado y opulento hacendado, le dicen propietario de más de dos cientos de caserías, y alcalde segundo que llegó a ser de nuestro Ayuntamiento, y doña María del Carmen Menéndez Morán de Nava, hija de don Luis, también militar y también hacendado.

Por línea paterna venía don Florencio de la familia de los populares *Sarampiones*, como, «por un mal decir», tan gijonés, se conoció a los vinculados con aquel desgraciado matrimonio —él Valdés Hevia, ella Jovellanos— que perdió cinco hijos por la terrible enfermedad.

De los tres hermanos que llegaron a edad madura —el primero, Aniceto, murió a los 28 años célibe; el segundo, Víctor, compañero de los primeros estudios y juegos de don Gumersindo, también murió joven y célibe; y el cuarto, Félix, murió niño— fue don Florencio el único que no siguió la carrera de las armas, afición que los otros dos hermanos, Amadeo, héroe en Filipinas y caballero de Calatrava, y don José, coronel mutilado de infantería, conocido popularmente como *Pepito Sorribas*, heredaron del capitán, su padre.

Entregado en la sociedad civil a la vorágine de los negocios, don Florencio vivió la mayor parte de sus días cautivado por la naturaleza y la jardinería. Es más que posible, como era corriente en la sociedad gijonesa de su tiempo, que en sus años mozos hubiera viajado por el extranjero para aprender los secretos del comercio y, sobre todo, para conocer mundo, y seguro que en esos viajes juveniles conoció fincas y jardines; y que de aquellos años de formación le vinieran los ardores botánicos con los que después creó esta Isla, luego los jardines de los Campos Elíseos, y años más tarde los que adornaron la finca del banquero Bauer, yerno de su viejo amigo y compañero de negocios don Ángel García Rendueles.

Según tradición familiar, don Florencio visitó, con el jardinero que se ocupó de los cuidados de La Isla, diversos jardines del sur Francia y algunos de París, de donde le viene a la posesión el estilo paisajista a la manera de las grandes fincas de recreo europeas, de las que la Quinta de La Regaleira o los palacios da Pena y Monserrate son ejemplos que aún perviven en la colina de Sintra, el «Edén Glorioso», como la llamó Lord Byron.

La singularidad de esta Isla es la de que desde su nacimiento fue una propiedad «abierta». A los vecinos de Gijón, una tarde a la semana; a los amigos y correligionarios, en todas sus celebraciones; igual que a los viajeros de condición, que llegaban a Gijón en los veranos, alguna de cuyas presencias se recogen en el libro de honor de la casa.

Y entre las que me llama poderosamente la atención, la firma de un visitante que, sin ningún protocolo y perdida en una página entre otras varias, aparece en el libro. Es la de un Albert-Edward, fechada en 1896, que se pregunta en elegante letra inglesa si le venderían la propiedad por mil libras esterlinas. Ninguna referencia he encontrado en la prensa local de la presencia en nuestra villa de tan

importante personaje. Tampoco en la prensa nacional aparece ninguna reseña que permita afirmar que el que pronto sería Eduardo VI hubiera visitado España en ese año. Pero ahí está la oferta de compra y la firma del que se titula, naturalmente en inglés, como príncipe de Gales. Un misterio a aclarar...



Lo que significó La Isla en la vida social y política de Gijón, como lugar de encuentro de naturales y visita obligada de forasteros de posición, nos lo dicen las expresiones, las notas y hasta los apuntes pictóricos que Martínez Abades y Nemesio Lavilla dejaron en el libro de visitas... y las crónicas de la prensa que daban cuenta de los acontecimientos que aquí se producían, y que hoy, obligados por el tiempo, vamos a resumir en el eco y trascendencia de dos o tres comidas, ya que es imposible pasar al detalle que nos puede proporcionar el libro de honor, en realidad libro mayor de visitantes distinguidos...

La primera de las comidas de importante proyección local puede ser la celebrada en la posesión



Retrato de don Florencio Valdés



Busto de don Florencio Valdés



Doña Fredesvinda en compañía de sus hijos



Don Florencio Valdés
en *El Independiente*, el 4 de enero
de 1908, por Evaristo Valle



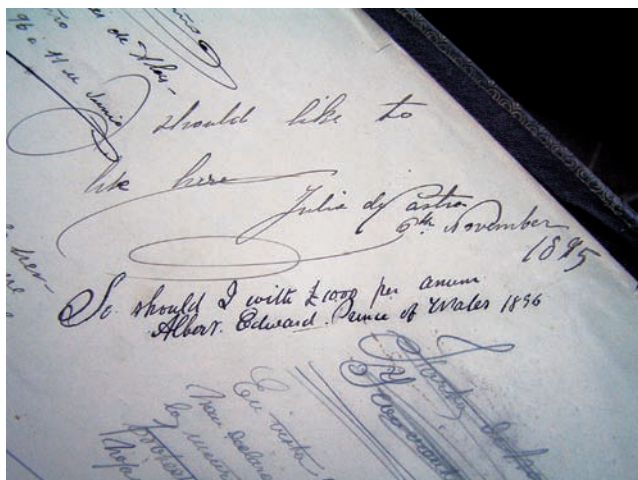
Doña Fredesvinda Cifuentes



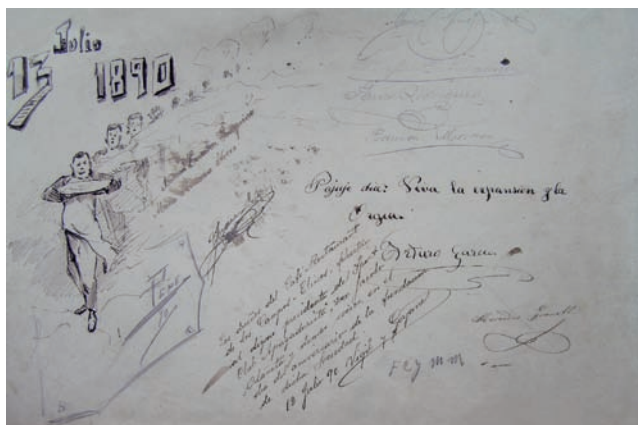
Libro de visitas de La Isla



Dibujo de Sagasta por Manuel Rendueles



Firma en el libro de visitas de «Albert-Edward, Prince of Wales»





Grupo apagadoristas; don Florencio es el segundo sentado por la derecha



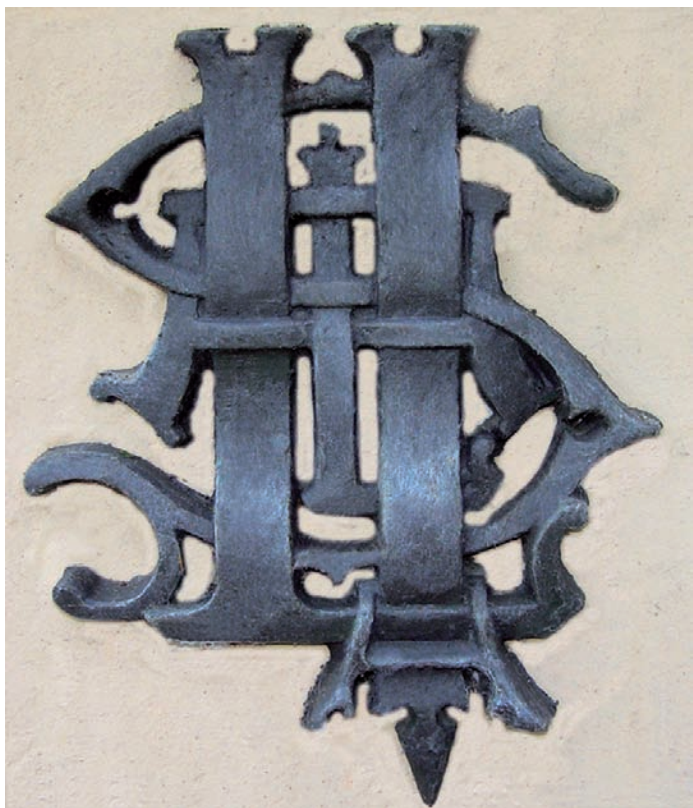
Los Campos Elíseos



El Muellín



Sede fundacional del diario *El Comercio*



Forja del escudo familiar, en La Isla



La Isla: jardín delante de la casa



La Isla: paseo del Gallo



La Isla: cascadona y torreón



Casa primitiva y estanque de la noria en La Isla



Acuarela de La Isla por Juan Martínez Abades

el domingo 13 de julio de 1890, con motivo de cumplirse el primer aniversario de la fundación del Sport Club Apagadorista.

Era, en realidad, la segunda comida que con este motivo el Sport ofrecía en La Isla; que la primera fue la de la fundación, celebrada el 21 de julio de 1889. Celebración que coincidió, desgraciadamente, casi con la hora del fallecimiento en su «castillo» de La Barquera del señor marqués de San Esteban de la Mar del Natahoyo, el gran capitán general y sostén económico del bando muselista.

A las once murió el marqués; a las doce era la hora fijada para la concentración de los coches que desde la calle Corrida iban a conducir a las juventudes apagadoristas hasta esta Isla...

La coincidencia dio pie a que los malos quereres propagaran por todo Gijón la maldad de que las juventudes se habían reunido en La Isla con el propósito de celebrar «báquicamente» la muerte del marqués. De aquella celebración informó escuetamente, dando cuenta del motivo y de su seriedad, *La Comedia Gijonesa*, el semanario festivo debido a la pluma de Tarfe y a la plumi-lla de Pepe —don José Prendes Pando y Laviada,

que compaginó su afición al dibujo de monos y caricaturas con su trabajo de probo e integérrimo magistrado—: «El banquete celebrado en La Isla, con motivo de la inauguración del Sport Club Apagadorista, no dejó nada que desear. Se comió opíparamente, reinando el orden más completo y la fraternidad más amistosa».

La comida del primer aniversario del Sport tuvo lugar el domingo 13 de julio de 1890, adelantándose la fecha para que en evitación de suspicacias no coincidiera el aniversario festivo con el cabo de año del señor marqués.

El banquete, «fiesta de los sentidos», lo calificó en su crónica Ataúlfo Frieria, lo sirvió el Restaurante de los Campos Elíseos. Cocinero, señor Vigil, y empresario señor Goyanes.

En el libro de honor de la casa queda como recuerdo un ágil dibujo de Pepe, un escorzo de camareros apresurados que se disponen a servir el abundante yantar: «entrantes, salchichones y mantequillas, aceitunas selectas, paella valenciana, langosta en salsa, “rosbif del alma”, cognac aturridor, champán ilustre, jerez divino de color de ámbar...», relamíase el cronista con el recuerdo.

Y para el resto de los sentidos, escribió:

Por doquier dirigíamos la vista, el verde incesante que hace de la isla un edén nos perseguía, que si abundante en el suelo, más lo es aún en el espacio, pues los frondosos árboles, unidos por sus copas en amoroso abrazo, nos proporcionan hermosísimo dosel, suntuosamente adornado por los menudísimos rayos de sol que, cual hilos de oro, se escapan de la prisión de las hojas para gozar del espectáculo que abajo se ofrece. El olfato goza de riquísimos olores, que nacen en las selvas y en las cocinas; el oído es cariñosamente acariciado por el silbido tenue de las fuentes; el tacto por la blandura del césped, y el gusto verdadero rey de la fiesta, ve rendidos a sus pies como tributos, los más succulentos manjares.

Y como comida política, de extraordinaria importancia, la del sábado 20 de agosto de 1892, que el comité del partido liberal de Gijón ofreció a su jefe, el señor Sagasti, para más de ciento cincuenta asistentes...

Y no voy a olvidar al menos la cita de otros dos, también políticos. El de «confianza», ofrecido, el 20 de julio de 1882, por varios amigos liberales al ministro de Fomento señor Albareda, cuando alboreaba el proyecto «apagador» del ingeniero

don Fernando García Arenal, el hijo de doña Concepción, consistente en «magnífica caldereta marinera», de la mano de don Anacleto. Y el muy «expléndido» que la «tertulia» La Lidera ofreció en obsequio del elocuentísimo orador don Melquíades Álvarez, en el que, según *El Comercio*, por pluma del inevitable Tarfe, «hubo animación y alegría, y abundaron el champagne y los puros habanos».

La comida del 20 de agosto de 1892 fue como una «fiesta de Estado» en el jardín de La Isla, que el Comité Liberal de Gijón ofreció a su jefe don Práxedes Mateo Sagasta, el hombre público por excelencia: el preferido de la alta nobleza y las clases medias y profesionales.

Fiesta a la que concurrió un gijonés anónimo, pero que nos dejó escritas un centenar de jugosas cuartillas en las que son sus «memorias» de los años 1892-1893, don Genaro Palacio Dindurra, primo del empresario y constructor, que vio así al personaje y la fiesta: «[Sagasta] Es un hombre de pequeña estatura, color cetrino, enjuto de carnes, no muy agraciado de semblante, simpático; a pesar de sus 64 años muéstrase ágil y no se cansa de ser complaciente».

Como buen ingeniero de caminos, supo el señor Sagasta construir puentes en todas direcciones: unos a El Musel, otros al Apagador, no en vano era presidente del Consejo en 1882, cuando Albareda estuvo poniendo la primera piedra en el camino de El Musel...

En aquel agosto de 1892, Sagasta visitaba Gijón como «oposición», pero a punto de formar gobierno; y también en su calidad de jefe del partido liberal-dinástico. De ahí la doble importancia de su viaje.

Al pie de la estación de Langreo fue recibido con honores de rey, más que de aspirante a la presidencia del Consejo. Músicas, arcos de triunfo, palomas y pañuelos al viento.

Regiamente recorrió don Práxedes las calles principales de la villa en coche descubierto, acompañado por el señor Domínguez Gil. Y al pasar por la calle Corrida a la altura del domicilio de don Anselmo Cifuentes, que se encontraba gravemente enfermo, detúvose el carruaje, púsose en pie Sagasta y descubriéndose con amplio gesto, guardó unos instantes de impresionante silencio.

Reanudó la marcha, sonaron, otra vez, los himnos, la *Marsellesa* y el de Riego; y volvieron los ví-

tores; desde las alturas del Casino Liberal llovieron pañuelos de seda con su efigie grabada y hojas volanderas con versos sueltos en su loa.

Aquel sábado 20 de agosto le esperaba en La Isla la Asturias liberal en pleno. Muchos habían ido en coche formando en su acompañamiento desde la casa del señor Domínguez Gil en la calle de San Bernardo, donde se alojaba; otros, por falta de transporte, habían subido en tranvía hasta La Guía, donde según don Genaro «había coches que nos trasladaron a la hermosa posesión de don Florencio Valdés, donde había dos mesas, una interior donde comieron los jefes y gentes de más valía y otra paralela y bajo toldo donde nos sentamos el resto, quedando muchos de pie».

Y sigue don Genaro con su cuento:

Empezó la comida con la famosa caldereta, compuesta por don Anacleto, plato que deseaba comer y de la cual repetí; paso por encima a todo lo demás pues nada de particular encontré si no lo ordenadamente económico (o séase escaso) con que sirvieron vinos y tabacos; el café se tomó en la famosa mesa de piedra que prolongaron algo y cubrieron con un tapete de gusto.

Al agasajo político-social no faltó la aristocracia liberal de nuevo cuño, marqueses de Teverga y de la Vega de Anzo; y a la cabeza del grupo liberal gijonés, el presidente de su comité don Juan Alvargonzález, con Ángel Ramírez de la Sala, del consejo del Ferrocarril de Langreo (ferro-carril verdadero señor de Gijón, que hacía y deshacía calles y muelles), don Luis Adaro, Benigno Domínguez Gil, don Florencio Rodríguez, Anselmo Cienfuegos, otros cuatro Alvargonzález, don Juan Uría, Javier Aguirre, Ataúlfo Frieria, don Eduardo Marina, Ventura Olavarrieta..., y así hasta ciento cincuenta personalidades de la vida asturiana, entre las que ni se encontraban don Florencio ni su concuñado don Vicente Innerarity, prueba de su poca afición dinástica.

La comida «ordenadamente económica» a que se refiere el señor Palacio Dindurra la sirvió el Hotel Iberia, del señor Malet, que luego sería el cocinero preferido de la infanta Isabel. Y como casi todos los presentes eran de la fe apagadorista, se habló, y con champán Gladiateur se brindó por el Apagador. Y del puerto hablaron todos los oradores desde el marqués de Teverga, que se declaró ferviente apagadorista de siempre, al último del

turno. Y también el señor Sagasta, que, si no en la forma, «en el fondo —según don Genaro— vino a decir lo mismo».

El gran hombre comenzó recordando que treinta años atrás puso pie en Asturias, precisamente desembarcando en el puerto de Gijón..., y después de un brillante discurso, interrumpido por muy frecuentes vivas y aplausos, concluyó brindando por sus amigos liberales de Gijón, por los de Asturias, por la prosperidad de la floreciente villa y remató con un emocionado: «¡Brindo por la mejoras y ampliación del puerto!!», que fue recibido con estrepitoso e indescriptible aplauso, puestos de pie los pocos que estaban sentados alrededor de la gran mesa de piedra, y abrazados entre sí respetables caballeros... que apenas podían contener las lágrimas...

Don Genaro, que había aprendido el latín en la «facultad» de la emigración habanera, anota en su diario: «¿Qué hay en el fondo de todo esto? (promesas y brindis apagadoristas). ¿Se quieren burlar?...». Y se contesta: «Creo que toda esta alarma no obedece más que al deseo de formar el partido liberal en Gijón agarrándose a la bandera del apagadorismo donde a no dudar hay elementos para formar un partido de mucho empuje».

De los entusiasmos apagadoristas de La Isla quedan muchos recuerdos en su libro de honor, en el que figuran sentidos versos de Ramos Carrió dedicados a don Florencio:

Este vergel que el ánimo recrea
con su frondosidad y su hermosura
¡para ti, pliegue a Dios que siempre sea
Isla de Paz, de amor y de ventura!

Y las notas musicales que a La Isla dedicaron, entre otros, Ruperto Chapí, Anselmo González del Valle y el maestro Zabalza, el autor de la habanera *La Isla* («dedicada a las simpáticas gijonesas. Se vende a 5 reales, en el almacén de música de David Rodríguez», Corrida 36, rezaba el correspondiente anuncio comercial), que enseguida escucharemos, o las de la mazurca que le dedicó el injustamente preterido maestro gijonés Facundo de la Viña, cuyo hermoso piano de trabajo, presidido por el retrato de su esposa, le rinde recuerdo en el palco de honor del Teatro Jovellanos, conviven explosiones y ardores juveniles llenos de ímpetu apagadorista: «Vivan el Apagador / *El Florete* y el Sport», firmó Leopoldo Delbrouck, de los Delbrouck que vinieron de Cíaño, o

En este delicioso vergel
estuvieron comiendo cuatro chicos
y a los postres dijeron ¡hay qué ricos!;
Y uno dijo después ¡Muera El Musel!

Y como ninguno de los cuatro mocitos quisiera pasar como autor de este crimen poético, firmaron los cuatro culpables: Félix Valdés, Manuel Margolles, Francisco Cienfuegos y Nicolás García Rendueles..., fieles sucesores de los amores y fobias de sus señores padres...

Así era, señoras y señores, La Isla; así eran los sentimientos que albergaba.



Sé que tengo que acabar, y les pido mil perdones por el abuso de su tiempo y me dispongo a ello, no sin decir que don Florencio murió en su casa de Gijón, calle de Begoña, número 29, a los setenta y cuatro años, a las once horas del día 21 de abril de 1910, de «colapso cardíaco» después de larga enfermedad.

Trabajó sin descanso, en el muellín, en la fábrica de cristales; en *El Comercio*, en los tranvías y en sus otros negocios, hasta que la enfermedad se lo

impidió. Contra ella y contra la gran crisis económica por la que atravesaba la villa, que amenazaba el porvenir de sus tres creaciones (fábrica, *El Comercio* y tranvía), luchó con todas sus fuerzas. En su ancianidad, tal era su carácter, no tuvo el consuelo de un merecido descanso. En ella supo soportar resignado la pérdida de su esposa, como catorce años antes había llevado la de su hija María del Carmen, que dejaba viudo a Manuel Guerra Pulido, con dos hijos, Tomás y José María.

Su *Comercio*, decano ya en 1910 de la prensa asturiana, «periódico por él fundado —decía el propio medio en su necrológica—, con la cooperación de gijoneses distinguidos, y de íntimos amigos suyos, entre los que figuraba el ilustre hombre público don Gumersindo de Azcárate», le dedicó un emocionado y contenido recuerdo, en el que destacó sobre todo su amor a Gijón y al trabajo; recordando sus asiduas campañas por la mejora del puerto; no faltando mención al teatro-circo y parque de los Campos, y a los tranvías; resaltando especialmente lo referente a esta Isla, que señalaba como

[...] el testigo mudo del alma poética de un hombre digno de haber tenido la fortuna de un Creso para

emplearla en regalo de la vista de todos; porque La Isla, con sus árboles gigantescos, sus macizos bellísimos, sus juegos de agua, era el lugar obligado de toda fiesta distinguida, y la inevitable visita de todo forastero, que cuando de Gijón marchaba, llevaba el recuerdo imborrable de tan intensa belleza.

«Gijón ha perdido con don Florencio —remataba «su» diario— a un hijo que le amaba con querer tan intenso que es difícil calificarlo.»

El Noroeste, el periódico republicano de la villa que, en cierto sentido, había nacido como del primero de mano de don Tomás Zarracina, Felipe Valdés y Vicente Inneráritu, y al que habían mudado sus plumas y humores liberal-republicanos, aunque durante corto tiempo, don Calixto Alvar-gonzález y don Celestino Margolles, le dedicó una despedida no menos cariñosa: «La historia de don Florencio va unida a la de Gijón en el último tercio del siglo y bien puede decirse que su carácter marcó una fase de esa etapa de la vida gijonesa. Interviniendo en ella de una forma decisiva, acompañado de aquel grupo de amigos que con él constituyeron el “cuartín”, del que fue alma y vida...».

Hoy, señoras y señores, me ha correspondido el inmerecido honor de recordar a don Florencio en su obra más querida, en ésta su Isla, vergel encantado que sigue admirablemente viva bajo el cielo azul, el cielo inmenso, que incendia el sol con sus refulgentes llamas, tal como la vio Tarfe en el verano de 1890...

Pero no he de terminar sin decir que este Cabueñes y su Isla fue foco potente del Gijón liberal y suavemente republicano; y por este espíritu pudo escribir en el libro de honor de la finca el señor Celleruelo, tan republicano de Salmerón como liberal de Sagasta, cuando la segunda visita de Alfonso XII, 17 de agosto de 1884: «Las reuniones de La Isla demuestran cómo impera la idea moderna que la democracia inspira y cómo mueren las instituciones tradicionales; por esto pasó de largo el Rey en este día memorable». En ese día no se dirigía el rey a pasar la tarde a la finca de don Anselmo, como siete años antes hiciera, sino a la Deva del señor conde, que ya había abjurado de su primer carlismo.

Somío alumbró otro foco liberal, pero conservador-dinástico, que representó el entorno del duque de Tarancón y luego Riánsares, y que se aglu-

tinó alrededor de las hijas y yernos del marqués de Campo Sagrado, las cuatro Bernaldo de Quirós; mientras que la Deva sagrada albergaba sobre el *gueyu* de su río a la familia condal y sus grandes influencias... Pero éste de las tres casas y los tálantes del Gijón febril y fabril sería el comienzo de otro cuento.

Señoras y señores, descendientes del prócer, descanse en paz don Florencio, del que podemos decir con el poeta Mistral: «Amó a su patria como buen hijo, y a su pueblo sobre todas las cosas».

Señores, muchas gracias por su paciencia.

